

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

FEDERICO LIST. *Sistema Nacional de Economía Política*. Versión directa del alemán y prólogo de Manuel Sánchez Sarto. México: Fondo de Cultura Económica. 1942, xxvi-408 p. \$ 12.00. Dls. 2.50.

Al siglo justo de aparecer en su idioma original la primera edición del *Sistema nacional de la economía política* de Federico List, publíquese con el presente libro la primera edición castellana de esa obra tan destacada. Vive hoy el mundo momentos más angustiosos que los de Europa al terminar la era napoleónica: cuando estas líneas se escriben acaba de perfilarse para la inmensa mayoría de los pueblos de la tierra la lucha armada entre dos grandes grupos de potencias, uno de los cuales afirma su anhelo de libertad democrática como base de la vida humana y de la cultura, y otro pretende vanamente imponer un credo de violencia y afirmar su poderío sobre la negación de estos valores: libertad, respeto a la palabra dada, igualdad de todos los pueblos, colaboración en la cultura.

Gentes habituadas a una superficial lectura y a una reprochable ligereza de juicio podrían suponer que, cien años atrás, esta obra se escribía contra Inglaterra, cuando en el espíritu de su autor sólo señoreaba el propósito de salvar a Alemania y a Europa del caos político y de la anarquía, asegurando de paso la colaboración de las naciones nuevas para el progreso industrial del mundo. Con la misma errada interpretación podría hoy suponerse por algunos críticos malévolos e interesados que la presente edición del *Sistema* trata de atizar rescoldos nacionales contra una posible hegemonía. La finalidad es precisamente la contraria: el *Sistema* de List se edita en castellano para quienes saben leer limpiamente y desdeñan la absurda técnica de los especialistas en torcer las ideas ajenas y en hacer turbias derivaciones de aguas muy claras hacia el molino sombrío de sus maldades.

List fué un amante de la libertad: por ella padeció prisiones y vió cerrado su acceso a puestos eminentes. Emigrado por razón de sus ideas, tuvo frecuentes y encendidas alusiones a los países que, en la Historia, abrieron sus fronteras, su economía y su cultura a los refugiados políticos y religiosos, y censuró, en cambio, a las naciones capaces de mutilar su cuerpo social con una expulsión en masa, y de rebajar su espíritu colectivo con una tal negación de humanidad. "Una unión universal basada en el predominio político —dice List—, en la riqueza predominante de una nación, es decir, *en la sumisión y dependencia de otras nacionalidades*, traería como consecuencia la ruina de todas las características nacionales y de la noble concurrencia entre los pueblos: contradiría los intereses y sentimientos de todas las naciones que se sienten llamadas a realizar su independencia y a lograr un alto grado de riqueza y de prestigio político: no sería otra cosa sino una repetición de algo que ya ocurrió una vez, en la época de los romanos; de un intento que hoy contaría con el apoyo de las manufactu-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

ras y del comercio, en lugar de utilizar, como entonces, el frío acero, no obstante lo cual el resultado sería el mismo: la barbarie.”

De haber vivido en nuestro tiempo, Federico List —ágil burlador de tiranos— se hallaría nuevamente en tierras americanas, luchando hoy por la libertad, como entonces luchó por la conquista de la tierra y por cubrir las etapas del progreso cultural en su patria adoptiva. Con la modestia del hombre laborioso, convencido de que sus obras están por debajo de sus aspiraciones, pero con la decisión del hombre históricamente activo, List hubiese aplicado su talento organizador a acortar la distancia que separa los hombres dignos de la eficacia en sus resoluciones, y con seguridad hubiese preferido salvar las esencias de la humanidad amenazada, que no colocarse al servicio de quienes, voceando en nombre de la patria, ponen para siempre en peligro la existencia de su nación. Mientras estuvo en su país, no figuró en el bando de los perseguidores ni de los promotores de guerras: cuando puso el pie en América, no obedecía instrucciones secretas ni estaba al servicio de ninguna fuerza subversiva: llevaba consigo su familia, su amor a Alemania y el designio de ser útil —como lo logró plenamente— al país que en lo sucesivo sería su segunda patria.

La prueba de estos asertos se halla frecuentemente repetida en las páginas del presente libro: anticiparla sería privar al lector del placer justísimo de hallar por sí solo esos motivos de admiración hacia un escritor cuya talla humana no es inferior a su calibre como economista. Por fortuna, el “caso List” se halla iluminado desde todos los ángulos, y resulta relativamente fácil apreciarlo en su justo valor cuando se tiene ese franco propósito. Por parte nuestra hemos creído oportuno destacar con mayor detalle las incidencias de la vida de List durante el período que permaneció en América: primero, porque así lo justifica nuestra admiración por este país y su progreso cultural; además, porque otros aspectos de la vida y obra de nuestro economista han sido ya objeto de apreciación más amplia; finalmente, porque List es considerado uno de los mejores intérpretes —si no el mejor— del pueblo americano para los europeos durante la primera mitad del siglo XIX. En este empeño ha sido para mí particularmente valioso el volumen II de las *List-Werke*, publicado por William Notz, donde se compilan en forma exhaustiva los documentos más importantes relacionados con la estancia de List en América.

Huyendo de la Europa de Metternich, llegaba en la tarde del 9 de junio de 1825 al puerto de Nueva York, el profesor de Economía Federico List, que había embarcado con su esposa y sus cuatro hijos en Le Havre, a bordo del paquebot “Henry”. Este viaje se realizaba por invitación reiterada del marqués de Lafayette, a quien List había conocido en París, en 1823, y ponía término a la primera y azarosa etapa de la vida de nuestro economista.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Hijo de un curtidor de Reutlingen, pequeña ciudad de Württemberg, List había nacido el 6 de agosto de 1789, y, apartándose de la tradición artesana de su padre, desempeñó desde 1806 hasta 1813 varios modestos cargos burocráticos en diversas ciudades de aquel reino, fijando después su residencia en Tübingen y asistiendo a las clases de la Universidad en dicha ciudad.

En Stuttgart, capital del reino wurtembergués, hizo (desde 1816) sus primeras armas políticas junto al ministro liberal Wangenheim, uno de los animadores de la nueva Facultad de Ciencias Sociales, en la que List fué nombrado (1817) profesor de Política práctica. A la vez tímido e impulsivo, vigoroso en sus iniciativas, aunque lento en las realizaciones, animado por una fuerte aversión a los burócratas de su patria y de su tiempo, que eran culpables de la anarquía y de la bajeza de Alemania, List conoció pronto la hostilidad de sus compañeros y las persecuciones de los gobernantes. Su patriotismo no le impidió censurar el hecho de que en la batalla de Leipzig Napoleón fuera traicionado por las tropas wurtemberguesas; su pasión germánica le indujo a fustigar los males del centralismo, moldeado a la prusiana en la Confederación de los Estados alemanes, a la sazón hirvientes de un oscuro anhelo de renacimiento.

A los veinticinco años todavía era List un niño grande, a quien sacaban de quicio las sumisas opiniones de sus contemporáneos. Fueron, en efecto, las desmedidas alabanzas que sus compatriotas dedicaban a Adam Smith las que encendieron la insuperable antipatía de List hacia el "pérfido" economista inglés. Durante esa época brota ya en List aquel placer por la antinomia que no había de abandonarle en toda su vida: desde las columnas del diario *El amigo del pueblo de Suabia* (1818) lucha contra el absolutismo del rey Guillermo I de Prusia y por la moralización administrativa y la libertad de la prensa. Contra Adam Smith es el apóstol del antiliberalismo en economía; en Alemania, por el contrario, lucha y sufre por la libertad.

Explica List en el prólogo de la presente obra cómo llegó en 1819 a constituir en Leipzig la Asociación Alemana de Industria y Comercio, cuyo objeto era remover las aduanas interiores de Alemania, repartir equitativamente las cargas públicas y lograr de los gobernantes la formulación de un presupuesto general. La administración wurtemberguesa, que había ordenado la suspensión del diario de List, acusó a éste por haber aceptado un empleo de aquella Sociedad "extranjera". En 1820 abandonó List el servicio del Estado, si bien fué elegido por Reutlingen, su ciudad natal, como representante en los Estados generales de Württemberg. Allí luchó contra las instituciones retrógradas de su tiempo con tal violencia que hubo de expatriarse, viajando por Alsacia, Baden y Suiza, y visitando Londres y París. A su retorno fué encarcelado en la fortaleza de Asperg, logrando

EL TRIMESTRE ECONOMICO

sólo la libertad con la promesa de trasladarse a América, en compañía de su esposa, "dulce amiga en los días desgraciados" y centro constante de la humanísima atención de este hombre apasionado.

Al día siguiente de su llegada al Continente americano se trasladó List a Filadelfia, deseoso de reunirse con Lafayette, que a la sazón recorría los Estados Unidos como huésped de honor de la nación por cuya independencia había luchado junto a Washington. Después de su jira por los Estados del Sur y del Oeste, llegó Lafayette a la ciudad de Albany, donde List se reunió con él. Durante tres meses acompañó nuestro economista al libertador, recorriendo con él las ciudades más florecientes de la Unión, desde Nueva York y los Estados del Atlántico Norte, hasta Maryland y Virginia. Ninguna lección más admirable podía recibir el refugiado List que la de estas comarcas, gozosas en construir su nación en el orden económico, después de haber alcanzado en lo político su mayoría de edad. De este viaje venturoso arranca su admiración por Norteamérica, la mejor experiencia de su vida.

La amistad de Lafayette valió a List el conocimiento de personalidades muy destacadas, como Henry Clay y Harrison, Jefferson, Monroe, Madison, Emerson y Webster, y aunque, muchas veces, esos contactos fueron de índole pasajera, impresionaron fuertemente a List, quien con sus finas dotes de observación recogió en sus escritos los caracteres más salientes de los prohombres de América.

Al término de su viaje con Lafayette decidió List preocuparse por sus propios problemas económicos y se trasladó a Pittsburg, que en aquella época sólo contaba 10,000 habitantes. Desde esa ciudad, y antes de realizar su asentamiento, visitó en las cercanías las localidades de Harmony y Economy, colonias de tipo comunista fundadas por el separatista wurtembergués Jorge Rapp, suscitando la contemplación de esos poblados una viva admiración, que List expresó en las páginas de su diario de viaje, y, más tarde, en los artículos del *Readinger Adler*. La visión de esas solícitas colmenas que, con una u otra idea política o religiosa, pero con el mismo fondo de trabajo constructivo y optimista, cubrían las comarcas de la Unión, impresionó vivamente a Federico List, animándole a llevar a la práctica el propósito, que ya tuvo en su patria, de adquirir una hacienda y consagrar buena parte de sus actividades a las empresas de la agricultura, que después de sus azarosos años de juventud le dieran apacible reposo, ingresos suficientes y algunas horas de libertad para sus estudios predilectos. La finca adquirida (en 5 de noviembre de 1825) con ese objeto en las cercanías de Harrisburg, aguas arriba del Susquehanna, no colmó sus aspiraciones: su explotación fué un fracaso, por falta de experiencia, que obligó a List a recurrir a gentes del país, y por lo insano del paraje, que afectó a

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

la salud de su esposa. En el verano de 1826, no encontrando comprador para su hacienda, List se resolvió sencillamente a abandonarla, después de haber perdido la mitad de su capital, como se desprende de una de sus cartas a Lafayette. Durante los pocos meses de residencia en su granja de Harrisburg, además de las tareas del campo, estudió List afanosamente los elementos de la química industrial, la mecánica, la minería, la agricultura y, en general, todas las disciplinas industriales..., historia política por puro pasatiempo; ni la medicina le fué del todo extraña, pues había decidido, si le fallaban todas las demás soluciones, dedicarse a la práctica de la medicina después de cursar los estudios normales del arte de curar.

En el corazón de las Montañas Azules, y al borde del río Schuylkill, comenzaba a florecer por aquellos años la aldea de Reading, cuyos 5,000 habitantes eran en su mayoría de origen alemán, preferentemente de las regiones de Suabia y de Hesse. Fueron grupos de emigrantes como esos "los que convirtieron Pennsylvania en el vergel de la Unión", según List escribió más tarde: hombres sencillos y laboriosos, alejados de las sugestiones urbanas, y con dos solos soportes de cultura: la iglesia y el diario. En este último campo habían de revelarse las especiales aptitudes de List, pues éste se hizo cargo (1826) de la dirección del diario *Readinger Adler*, que contaba treinta años de existencia y era considerado por los emigrantes alemanes como "la biblia de la comarca de Berk".

Este nuevo centro de trabajo, aparte de subvenir decorosamente a sus necesidades familiares, con un salario de 700 dólares anuales, le permitió ir realizando la máxima ambición de su vida de emigrante: escribir una Economía de los Estados Unidos, para lo cual venía reuniendo materiales desde su llegada al Nuevo Mundo. En el citado diario fué vertiendo List —por lo común en forma anónima— sus experiencias, hasta su vuelta a Europa, en 1832; en él reflejó la impresión profunda que día tras día le causaba la lectura de la mejor obra de América: la vida misma. Las columnas del *Readinger Adler* fueron, a la vez, espejo de conocimientos objetivos y medio de moldear la opinión de aquellas comarcas en los dos problemas centrales del momento: el desarrollo económico de la nación y la cuestión arancelaria.

La lucha presidencial reñida en el año 1824 entre Andrew Jackson y John Quincy Adams (hijo, este último, de otro Presidente del mismo apellido) dió lugar en el país a profundas discordias, vinculadas más bien a las personas que a las necesidades reales de la Unión. A pesar de que Jackson reunió mayor número de sufragios, la elección recayó en Adams, que había sido Secretario de Estado con el Presidente Monroe. Desilusionado y ofendido, promovió Jackson la ruptura del partido republicano-democrático, encabezando personalmente el grupo democrático, que pretendía lle-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

var a efecto el proceso de construcción nacional mediante financiación especial por parte de cada Estado de la Unión. En cambio, Adams, con Clay y sus amigos del grupo *whig*, fundaron el partido nacional-republicano, defensor de una interpretación más amplia de la Constitución y de un "sistema americano", netamente proteccionista en materia económica. Con ánimo de asegurar su elección presidencial en el período subsiguiente, inició Jackson un período de agitación (1825-1828) que en la historia americana se conoce bajo el rótulo de "era de incomprensión".

Lo natural hubiera sido que List alineara sus esfuerzos junto a los del partido republicano-nacional, primero por las relaciones de amistad que desde los viajes de Lafayette le unían con Adams y Clay, así como con Rush, Secretario del Tesoro, a quien había conocido en Londres; después, porque sus compatriotas, los habitantes de Pennsylvania, se hallaban más ligados en el campo de los intereses económicos con los moradores de los Estados del Atlántico Norte, de inspiración proteccionista, que con los agricultores del Sur y del Oeste. List puso, sin embargo, su pluma al servicio de la causa de Jackson, seguramente impresionado por la popularidad de este caudillo político, y por la falta de consecuencia de Adams en la defensa de los intereses industriales, tan queridos de List: no obstante, sus intervenciones primeras en la prensa fueron muy moderadas, como exigía su condición de extranjero, todavía no plenamente compenetrado con las necesidades de su patria adoptiva; su innegable pasión política no le impidió, tampoco, dar acogida en las columnas del *Readinger Adler* a las réplicas de Henry Clay. List supo atraerse pronto la simpatía de muchos y el respeto de todos, en su intento de hallar para su teoría y para las conveniencias de la Unión la aceptación más amplia: "Espero —decía poco antes de embarcar para América— que los Estados Unidos me ofrecerán un hermoso ejemplo en prueba de mis afirmaciones. Han seguido la teoría de Adam Smith hasta ver por tierra sus industrias, y sólo entonces han recurrido a un sistema que los teóricos repudiaban."

Un nuevo y más vigoroso resonador se ofreció entonces a la dinámica actividad de List: sus relaciones con la *Pennsylvania Society for the Promotion of Manufactures and the Mechanic Arts*, que reunía los grandes fabricantes de Filadelfia, y economistas como el presidente Charles J. Ingersoll, Mathew Carey, Duponceau, Fisher y otros. Bajo el epígrafe de "El sistema americano", List dirigió doce cartas a Ingersoll, que fueron publicadas en la *National Gazette* de Filadelfia, del 18 de agosto al 27 de noviembre de 1827, y aunque la redacción del periódico, francamente smithiana, encontró la doctrina poco en armonía con su ideario, aplaudió el tono general del trabajo y la claridad de sus razonamientos. Las cartas fueron reunidas en un fascículo, publicado por la Sociedad de Pennsylvania, bajo el título

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

de *Outlines of American Political Economy* y reproducidas luego por más de cincuenta periódicos.

Aparte del homenaje que fué ofrecido a List por los miembros de la Sociedad de Pennsylvania, Ingersoll y sus amigos le animaron a escribir dos libros sobre Economía política, uno de tipo elemental, para fines escolares, y otro más amplio, estudiando las peculiaridades de la Economía americana. Según testimonios del propio List, otras atenciones le impidieron llevar adelante en su integridad estos trabajos. En los primeros días de febrero, por ejemplo, hubo de contestar List a un áspero ataque que le dirigió el gobernador de Virginia W. G. Giles, personaje muy significado por sus ideas secesionistas, y a quien las tesis contenidas en los *Outlines* llenaron de indignación. La respuesta de List fué terminante y contribuyó mucho a dar a conocer sus ideas en las comarcas del Sur, cuyos representantes en el Congreso de Washington tuvieron, en lo sucesivo, muy en cuenta los escritos de List al debatirse la ardua cuestión de las tarifas arancelarias.

En el mismo mes de febrero de 1828 pronunció List, en Harrisburg, ante las dos Cámaras de la legislatura de Pennsylvania, una conferencia acerca del llamado "informe de Boston", cuyos dos principales objetos habían sido convencer a los *farmers* de que el sistema americano se aplica a expensas de ellos, y confirmar en sus prejuicios a los cultivadores del Sur. Con gran habilidad señalaba List que la prosperidad de la agricultura dependía, en la Unión, de tres condiciones: 1ª Que el agricultor hallara fácil venta y buenos precios para sus productos, y bajos precios para los artículos que necesita. 2ª Que el incremento de la población, de la industria y de la riqueza, animara a los cultivadores a incrementar su producción, a mejorar sus métodos de cultivo y aplicar sus ahorros a ese fin. 3ª Que la organización política del país garantizase que no se registraría ningún retroceso en el mercado, en su oferta, en el valor de sus mejoras y de sus tierras. Para lograr esos fines es preciso que el país cuente con una manufactura nacional. Seis millones de colonos —dice List— leen afanosamente los periódicos, con la esperanza de que en Inglaterra reine una relativa escasez, cuando bastaría pensar en que, al margen de esa eventualidad, Pennsylvania puede hallar la solución elevando su población de millón y medio de habitantes a cinco millones. No es justo ni razonable, arguyen los bostonianos, someter la nación a un daño presente para lograr un beneficio contingente y futuro; pero List replica al final del discurso: "Si uno tiene un agujero en el bolsillo y advierte que por él sale del bolsillo todo su dinero ¿será justo y razonable remendar ese agujero?"

Richard Rush, ministro de Hacienda americano, recomendó en su informe de 10 de diciembre de 1827, al Congreso de la Unión, la elevación de los aranceles, en el sentido preconizado por la Convención de Harrisburg.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

La Comisión arancelaria formuló en contra de esa propuesta el llamado "Informe MacDuffy", y la Sociedad de Pennsylvania, deseosa de contrarrestar los efectos de dicho documento, encargó nuevamente a List la tarea de seguir defendiendo la tesis del "sistema americano". En efecto, rebatiendo punto por punto los argumentos del Informe, demostró List que "la implantación de manufacturas en el país, al aumentar la riqueza, incrementa también la capacidad de la nación para adquirir productos extranjeros; que, en consecuencia, crece el comercio exterior y que la verdadera política del país consiste en aumentar el precio de aquellas producciones agrícolas que sirven de alimento a los hombres, no en depreciarlas de acuerdo con la política del Comité; así resultará que nuestra renta nacional, en lugar de disminuir por el establecimiento de manufacturas, tiene que incrementarse por razón de su constante auge, y que, por consiguiente, no interesa examinar en particular la cuantía de los aranceles que gravan las importaciones de aquellos artículos particulares susceptibles de ser sustituidos por productos nacionales".

Tres años de viva polémica en torno al problema arancelario habían depurado el contenido teórico de las doctrinas de List y sus dotes de escritor político. Con entusiasmo se había aplicado a conocer las necesidades económicas de la Unión, adquiriendo en ese campo una maestría y una claridad de visión que le envidiaban amigos y adversarios. Entretanto, su situación pecuniaria no pasaba de mediocre, y ello le indujo a pensar en otras actividades que ampliaran sus recursos y el campo de acción de su capacidad constructiva. La aportación que como empresario y capitán de industria hizo List a Norteamérica, acaso no sea menos trascendental que la registrada en el campo de las ideas.

List experimentó el contagio de la fiebre que por aquellos años agitaba en la Unión a buscadores de fortuna y aventureros. La importancia de los yacimientos carboníferos de la región, la proximidad de Filadelfia como gran centro consumidor, el tendido de los primeros ferrocarriles en esas comarcas vitales para el desarrollo de la industria americana, y otras circunstancias, animaron a List a adquirir unos terrenos en la región del nacimiento del río Schuylkill, donde el nuevo empresario pensaba fundar dos ciudades: una en el centro de la cuenca carbonera, otra a la orilla del canal del Schuylkill, ofreciéndose, además, a construir, en el espacio de cinco años, un ferrocarril de enlace para facilitar el transporte del mineral. List adquirió en propiedad 10,000 acres en las pertenencias mineras, y consiguió que Edward R. Biddle, capitalista de Filadelfia, suscribiera la suma de un millón de dólares para una sociedad principalmente destinada a la construcción de un ferrocarril que enlazara el poblado de Tamaqua, donde se hallaban los yacimientos, y la localidad de Port Clinton, desde la cual podía transportarse el carbón por vía fluvial hasta Filadelfia. A juicio de ingenieros muy promi-

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

nentes, el ferrocarril (que no quedó abierto al público hasta 1838) no sólo fué de importancia para la comarca, sino que representó también una ventaja para el abastecimiento de Nueva York, y ha llegado a ser, con el tiempo, un esencial eslabón (*Pennsylvania & Reading Railroad*), en la línea que une esa ciudad con Buffalo y las cataratas del Niágara.

Desde su estancia en Inglaterra habíase interesado List por el problema de los transportes; en Norteamérica, su labor como empresario le permitió adquirir en materia de ferrocarriles una gran experiencia, que a su regreso a Alemania pudo valorar cuando se trató de proyectar y ejecutar la gran red de vías férreas alemanas. Así pasó de una consideración puramente teórica del problema a una visión realista que trasciende y se hace fecunda en sus escritos ulteriores.

A fines del tercer decenio del siglo, hízose más vehemente en List el anhelo nunca extinguido por retornar a su patria. Había logrado en América cuanto pudiera desear: prestigio científico, estimación como empresario y un título de ciudadanía norteamericana (en 1830), ganado no por nacimiento, sino por méritos positivos en la estructuración económica del país. En su ingenuidad imaginaba que el propio país habría de estimar su esfuerzo creador, y permitirle rendir a la patria germánica el maduro fruto de su experiencia y de su recto juicio. "Durante seis semanas —dice en una carta— tuve una viva añoranza de mi tierra y me he sentido incapaz de ocuparme en los asuntos americanos. Con mi patria me ocurre como a las madres con los hijos impedidos, tanto más amados por ellas cuanto mayor es su desgracia. En el fondo de todos mis planes está Alemania, la vuelta a Alemania..."

Jackson había sido exaltado a la presidencia de la Unión y se mostraba agradecido a la ayuda prestada por List, quien acertó a movilizar para esa candidatura a los alemanes de Norteamérica. Después de muchas dilaciones, consiguió List ser nombrado cónsul norteamericano en Hamburgo; esa designación colmaba sus deseos, porque le permitía atender a la salud de su esposa, buscar en Europa mercados nuevos para su floreciente empresa y volver a Alemania lleno de prestigio y pletórico de iniciativas. Pero no contaba con la tenaz animadversión de sus compatriotas y con la cerrazón mental de Mr. Rives, el embajador norteamericano en París. Rumpf, el ministro residente de las ciudades hanseáticas en la capital francesa, manifestó en una comunicación reservada al embajador de la Unión, que List no era persona grata al Senado de Hamburgo. El gran patriota, zaherido cuatro años antes por el gobernador Giles como trasunto del oscurantismo europeo, era ahora vilipendiado por sus ideas libertarias; triste sino del emigrado, a quien la falta de arraigo en tierra propia deja expuesto a las violencias más injustas y encontradas. Sólo un hombre recio como List —semejante a un enorme roble con las raíces al aire— podía sacar de esos

EL TRIMESTRE ECONOMICO

embates nuevas energías para seguir su lucha “por la patria y por la humanidad”.

Viendo fracasada su misión por estos subterráneos manejos, volvió List, en octubre de 1831, a Norteamérica y reiteró su solicitud, obteniendo tan sólo una designación de cónsul honorario en Baden, durante el verano de 1832, año de su definitivo retorno a Europa. En 30 de junio de 1834 fué nombrado cónsul ejerciente en Leipzig, puesto que desempeñó con brillantez durante tres años, al término de los cuales cesaron por completo sus relaciones oficiales con la Administración de los Estados Unidos. Su requerimiento de ser nombrado seguidamente cónsul general de Norteamérica en la recién fundada Unión aduanera, no tuvo buen éxito, e igualmente se mantuvo en plano nominal su designación como cónsul en Stuttgart (1843-1845), para la que nunca pidió el correspondiente *exequatur*.

Si su labor sustantiva como representante consular no fué brillante ni provechosa en orden a su economía particular, le procuró, en cambio, un medio utilísimo de contrarrestar la hostilidad de algunos de sus poderosos compatriotas, y así pudo, gracias a este cargo, influir vigorosamente en la orientación del gran problema de los ferrocarriles alemanes, y en particular en la construcción del importante tramo que después enlazó Leipzig y Dresde. Buena prueba de su éxito en estos sectores es su trabajo “Sobre un sistema ferroviario sajón” y la oportunidad que tuvo de valorar sus experiencias americanas en materia de ferrocarriles, fundando en 1835 el *Eisenbahnjournal*.

La preocupación de List por Norteamérica no cesó hasta su muerte. Por su correspondencia con Francis J. Grund, especialista en cuestiones de emigración, en Filadelfia, vemos que List se interesaba vivamente en los proyectos y publicaciones encaminados “a la fundación de un Estado miniatúra constituido por alemanes en América”, y publicó en el *Zollvereinsblatt*, de 1843, n.º 25, un anuncio del “Manual para los emigrantes a Norteamérica”, original del mencionado Grund.

List buscaba para el excedente demográfico de su país un adecuado campo de actividades, sin propósito de mediatización, sin turbios designios subversivos. En sus escritos le interesaba despertar en los lectores un sentimiento de respeto y amor a la vieja patria, pero consideraba equivocado todo intento de servir a fines torpemente nacionalistas. Pensaba así porque el cariño a su propia nacionalidad le hacía ser respetuoso y devoto con las ajenas. “Es consustancial a toda nacionalidad —dice List— y muy singularmente en Norteamérica, asimilarse en la lengua, la literatura, la administración y la legislación, y está bien que así ocurra. Por muchos alemanes que vivan en Norteamérica, seguramente no habrá ni uno solo cuyos negocios no prefieran con mucho la lengua inglesa a la alemana”. De este

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

modo observaba List rigurosamente aquella preciosa máxima de Turgot: "Quien olvida que existen Estados políticos separados unos de otros y constituídos diversamente, no tratará nunca bien una cuestión de economía política."

La labor de agitación político-económica desarrollada por List en su país desde 1834 es delirante por su entusiasmo y trascendental por su honda eficacia para la construcción de su pueblo. El día 1º de enero de 1834 —año de su definitivo regreso a Europa— había quedado constituido el *Zollverein* germánico, umbral de una época nueva para Europa central. Desde ese momento la actividad de List trasciende a un plano internacional indiscutible, suscitando problemas de gran envergadura, como el de una posible alianza con Inglaterra, el de una influencia germánica saludable hasta la desembocadura del Danubio, el de un planeamiento económico del mundo en paz. La participación en el concurso de París, la aparición del *Sistema*, la fundación del *Zollvereinsblatt* en 1º de enero de 1843, señalan otras tantas fintas en la encendida tarea del gran economista alemán. Toda esa desbordante empresa, unida a la preocupación económica por el porvenir de su familia, tejió un velo de obsesiones sobre las fatigas de su vida aventurera. En octubre de 1845 se sentía como un ave mortalmente herida: "Ya no confío en tener fuerzas bastantes para emigrar de nuevo a Norteamérica, donde mis amigos me reclaman, y donde fácilmente podría restablecerme en pocos años." El 30 de noviembre de 1846, sus amigos de Kufstein recogían en un campo nevado el cadáver de List, el gran amante de Alemania y de la humanidad que voluntariamente abandonaba una vida tan poco piadosa para él.

El *Sistema* que ahora se publica en castellano es el clásico torso de una gran obra inacabada. Dos tomos nuevos habían de completarla, con estos títulos: "La Política del porvenir" y "La influencia de las instituciones políticas en la riqueza y el poderío de una nación". "Construido —como dice Waentig en el prólogo a una edición alemana— sobre un examen sumario de la evolución económica de los principales pueblos civilizados, ofrece en una vehemente polémica contra la escuela librecambista inglesa una teoría coherente de la política económica nacional y una investigación crítica acerca de los sistemas hasta entonces conocidos, abocando un capítulo final en el que trata de señalar las líneas geopolíticas mercantiles para el *Zollverein*."

Según la acertada frase de Schmoller, List no es sólo un teórico del proteccionismo, sino el creador de toda una teoría social. Con un sentido liberal y progresista señala que no son los individuos, sino las sociedades, las que dan actividad a la historia, alzando la nación, sana y pujante, entre el individuo y la humanidad, "una nación no como un organismo coercitivo,

EL TRIMESTRE ECONOMICO

de ciudadanos en perpetua tutela, sino como una liga surgida de la autodeterminación, entre ciudadanos cultos, independientes y emprendedores”.

Cualquiera discusión relativa a la originalidad de las teorías de List resultaría improcedente si con ella pretendiera disminuirse la talla del economista y de su obra. En la vida y en las producciones de List se entretejen vigorosamente lecturas y vivencias: Adam Smith y Say forman el centro de sus principales ataques; Adam Müller, de quien le separa un acendrado liberalismo y una tenue religiosidad, le procura la trama sentimental; es apasionado como Burke, y con su concepción realista y documental ha empujado a los economistas alemanes al estudio histórico, entrando por mucho en la formación de esa escuela. Acaso la más vigorosa de las influencias que, no obstante, vino sólo a robustecer una convicción, fué la del *Report of Manufactures*, de Alexander Hamilton, estudiada por Eheberg. Singularmente en América recoge ideas y giros de Mathew Carey, y en algunos casos acusa sorprendentes analogías con los resultados a que llega Daniel Raymond, a quien por cierto List no cita nunca en sus escritos. Esas semejanzas se refieren, según Neill, a los siguientes aspectos: la confusión, en Smith, entre Economía pública y privada; la falta de distinción entre los intereses de una nación y los generales de la raza, que hace la doctrina smithiana excesivamente cosmopolita e inepta para ser aplicada a las condiciones actuales; la falta de prueba al equiparar los intereses del individuo y de la sociedad, en la tesis de Smith; la ignorancia de que existen naciones separadas; la existencia de una economía nacional; por último, la alusión a que el sistema de Smith es una teoría de valores en cambio, mientras que la economía nacional se basa preferentemente en la existencia de fuerzas productivas. Las profundas investigaciones realizadas acerca de List, y singularmente por Artur Sommer, han puesto en claro que, antes de su llegada a América, List tenía ya completamente perfiladas las ideas básicas de su sistema, como permiten apreciar los escritos de su juventud. La versión nacional de la Economía se hallaba a la sazón en el ambiente, como lo prueba igualmente la circunstancia de que el economista belga Briavoine llegara, independientemente, a los mismos resultados. Otro economista de esa misma tendencia, citado con elogios por List, es Charles Dupin, que publicó en 1827 su *Situation progressive des forces de la France depuis 1814*.

Cualquier idea o sugestión ajena cobra en List un profundo y personal relieve al incorporarse al núcleo de su doctrina o a la línea de su acción. Con una emoción renovadora que justifica el paralelo, muchas veces aludido, entre List y Lutero, el economista de Reutlingen dedica sus mejores esfuerzos polémicos a batir la robusta fortaleza de Adam Smith y a minar el merecido prestigio del “segundo emperador de Europa”.

En el testero de la Capilla Sixtina se dibuja en proporciones olímpicas,

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

sobre la turba de los justos y los réprobos del Juicio final, un Cristo pasional y vigoroso que alza su brazo, como blandiendo un látigo, sobre las miserias de su tiempo: ese romántico Cristo de Miguel Angel vibra como una ruidosa protesta contra las efigies medievales, serenas y bendicientes del Cristo en majestad. Pero en el Cristo del Renacimiento no expresa tan sólo Miguel Angel su discrepancia con la tradición eclesiástica: en esa afirmación de la *ecclesia militans*, va envuelto un anhelo constructivo, el de liberar a Italia de la plaga de la anarquía y señalar al linaje de los Médicis como la cuna de donde habría de salir el caudillo fundador de una nación unificada.

Contra "la Escuela", indiscutible y hierática, como List denomina al sistema de Smith y su seguidores, dirige nuestro economista toda su pasión de alemán y de hombre. La teoría de Smith ha llegado a ser, en los albores del siglo XIX, la doctrina económica de un pueblo en el ápice de su prosperidad, en la final etapa de su progreso económico. La falta más grande del sistema consiste en ser patrimonio exclusivo de Inglaterra, acervo inasequible a otras naciones: List sólo aspira, como siglos antes Miguel Angel y Maquiavelo, a que su país —y otros países— lleguen a ser lo bastante progresivos para justificar ese mismo anhelo de libertad. Quien lea atentamente sus libros, percibirá en List una serena admiración hacia Inglaterra, una nación "donde se ve crecer la historia a cada paso", y hacia los Estados Unidos, dinámico espejo de todos los progresos y de todas las libertades, y sentirá la necesidad imperiosa de rescatar la figura de List para colocarla entre los grandes genios de la Humanidad, borrando la póstuma y tremenda injuria de algunos escritores totalitarios, deseosos de incorporar a su triste Walhalla la personalidad de Federico List. Vivió pensando siempre en su país y laborando, de paso, por el progreso pacífico y liberal de otros pueblos. Fué alemán, y ello no le impidió ser magníficamente universal y humano. *Et la patrie et l'humanité!*

List no persiguió la opresión ajena, sino la conquista de un poder y una riqueza que no estén fundados en la espada, ni sean un instrumento en las manos de unos pocos.—M. S. S.

Maurice DOBB, *Salarios*. Versión española de Emigdio Martínez Adame. México, Fondo de Cultura Económica, 1941. 224 p. \$ 3.00. Dls. 0.60.

La colección de manuales económicos de la Universidad de Cambridge que ha venido publicando el Fondo de Cultura Económica viene a enriquecerse con esta excelente introducción al estudio de los *Salarios*, vertida al español de la edición inglesa aumentada (1938), que corrige y pone al corriente la primera edición de 1927. Su autor, Maurice Dobb, destacado economista y profesor de la Universidad de Cambridge (autor también de *Una Introducción a la Economía*, publicada en español por el Fondo de

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Cultura Económica), demuestra ante todo una comprensión perfectamente clara de los aspectos tanto teóricos como prácticos de este importante tema de los salarios, y, en consecuencia, una habilidad poco común para exponer al estudiante de economía las características distintivas de las diversas teorías de los salarios y las modalidades en materia de sistemas de salarios, pago de salarios, contratación sindical colectiva, fijación de salarios mínimos, etc. Esta obra no constituye un tratado extenso sobre salarios, pero sí una introducción bastante amplia a esta especialidad de la Teoría de los Precios, y su alcance es semejante al de la recién publicada obra de Michael R. Bonavia, sobre otro tema especial, *Economía de los Transportes*. Es decir, ha de servir al estudiante que no encuentre en su libro general de texto una explicación suficientemente detallada de la formación de los salarios, preparándole a la vez para la lectura de tratados de mayor envergadura y lenguaje técnico.

Es importante subrayar la aparición de esta obra, no sólo porque es en la actualidad una de las pocas que vienen a llenar un hueco apreciable en la literatura económica de que se dispone en lengua castellana, sino sobre todo porque el tema de los salarios suele tratarse en la práctica de manera no siempre muy científica, a diferencia de como lo hace el presente autor. No es que los teóricos no puedan proporcionar una explicación del precio del trabajo en términos de oferta y demanda, como explicar el precio de cualquier mercancía, sino que tradicionalmente se ha considerado el trabajo como una mercancía muy especial, cuya oferta o cuya demanda no reaccionan ante las modificaciones de su precio de la misma manera que otros artículos. Esto ha dado lugar a un sinfín de controversias entre los economistas, y cuando no hay acuerdo entre los especialistas de la rama, ya puede uno imaginarse el tenor de las discusiones del público en general; cuando los médicos y los investigadores científicos no logran determinar las causas de una enfermedad, el lego bien puede suponer cualquier cosa. Pero eso no quiere decir que las discusiones de los técnicos deben cesar; no porque no se conozca el bacilo que produce el catarro debe abandonarse la investigación de tan importante tema. En las teorías de los salarios se advierte una evolución lenta, pero firme, y así vemos que paulatinamente va cambiando el énfasis desde la oferta de mano de obra a la demanda, para luego combinarse ambos puntos de vista en la teoría marshalliana, y, por último, dar lugar a la versión moderna que tiende a recalcar las diferencias de grado en el trabajo (obreros calificados, no calificados, especializados, mano de obra femenina, etc.), y trata más bien de explicar la determinación del salario dentro de grupos o categorías de obreros, en cuyo caso la oferta puede ser bastante elástica, que de hacerlo para el sector de los trabajadores en general, en cuyo caso la discusión de la oferta total de mano de obra invade el campo de la demografía.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Es indudable que la teoría de los salarios tiende a estar condicionada por las instituciones sociales de la época. De aquí que los refinamientos a la teoría marshalliana de oferta y demanda y a la teoría de la productividad marginal tiendan a tener en cuenta los esfuerzos de los sindicatos en el sentido de mantener los salarios por encima del "nivel de competencia" y los del Estado para imponer salarios mínimos. El lector encontrará la discusión de este asunto en forma muy clara y precisa, lo que contrasta notablemente con la abundancia de escritos en que se esgrimen argumentos por demás falaces sobre los efectos de las alzas de los salarios a través de la acción sindical, argumentos que sólo el dotado de los conocimientos necesarios es capaz de contestar y explicar. La cuestión se plantea como sigue ¿cuáles serán los efectos sobre la desocupación y sobre la acumulación de capital si se intenta elevar los salarios por encima del "nivel de competencia" en todas las industrias de un país? ¿Conseguirá el sector laborante de la comunidad guardar para sí una proporción mayor del dividendo nacional? Si los efectos son en general negativos ¿es posible que los obreros de una sola industria puedan aventajar a los demás temporalmente, o de manera permanente?

El estudio cuidadoso de todos los aspectos del problema permite aventurar algunas proposiciones que, sin embargo, no adoptan carácter definitivo, ya que el número de variables es inmenso y sería imposible predecir todos los posibles efectos y contraefectos. Pero el grado de elasticidad de la demanda de mano de obra en ciertas industrias y la posibilidad de sustituir obreros por maquinaria son, en muchos casos, indicios bastante seguros de los efectos probables. Varios economistas que han dedicado su atención al problema, entre los que merece citarse Paul H. Douglas, opinan que la elasticidad de la demanda de trabajadores en una industria determinada puede ser alta y negativa, de suerte que una elevación del salario por encima del nivel de equilibrio (el correspondiente a la productividad marginal de los obreros empleados) daría lugar a bastante desocupación.

Sin embargo, Dobb hace ver que no se justifica la opinión de que a la larga los trabajadores están destinados irremisiblemente a salir perjudicados si sus sindicatos intentan empujar su remuneración más allá de lo que establecería el libre juego de oferta y la demanda. Desde luego, es probable que el ritmo de acumulación del capital o la tasa de inversión en determinada industria (y, por consiguiente, la demanda de mano de obra) estén influidos en cierta medida por lo que Dobb llama los "niveles de consumo" de la clase capitalista o ahorradora; por lo tanto, puesto que una parte del consumo de los capitalistas es de tipo convencional (consumo de artículos y servicios suntuarios, etc.), el alza de salarios les animaría a invertir más y no menos, a fin de que sus ingresos futuros no disminuyan. Por otra parte, con mucha

EL TRIMESTRE ECONOMICO

frecuencia puede suceder que la elevación de salarios dé lugar a mayor eficiencia en los trabajadores, y por ende a mayor productividad. Y, por último, hay muchos casos en que el trabajador, por verse obligado a alquilar sus servicios a un empresario que ejerce "monopsonio" de esa categoría de trabajo o monopolio en la venta de sus productos (o ambas cosas), no recibe el valor total de su productividad marginal; y otros en que no existe en los mercados de trabajo la concurrencia perfecta que suponía la teoría clásica, casos todos ellos en que la acción sindical podría lograr aumentos de remuneración sin provocar desempleo inmediato. A la larga, por supuesto, el problema es más complicado, debido a que el empresario puede implantar maquinaria economizadora de trabajo e incluso, como arguye J. R. Hicks en su *Theory of Wages*, orientar a los inventores y a los investigadores científicos hacia el descubrimiento de nuevos y más ahorrativos medios mecánicos de producción.

La primera parte de la obra es una descripción breve del sistema del salariado, el cual se explica con más claridad observando las diferencias entre el sistema moderno y los antiguos sistemas de esclavitud, servidumbre y artesanado; de cuya comparación se desprenden las características del salariado de hoy en día: la relativa libertad de elección de ocupaciones u oficios y el alto grado de dependencia económica de los trabajadores que, desprovistos de propiedad, no tienen más que su fuerza de trabajo que ofrecer.

El segundo capítulo trata de los salarios y el nivel de vida y discute los conceptos de salario real y salario nominal, tasa de salarios, ingresos totales, etc., así como la significación de los salarios como proporción del dividendo nacional. Termina con una comparación de los salarios reales en distintos países, ciudades y épocas, a la luz de los problemas relacionados con la elaboración de números índices del costo de la vida.

En seguida se describen las distintas maneras de efectuar el pago de salarios (capítulo III), explicándose las ventajas y desventajas de pagar a destajo, por tiempo, por resultados, etc. Los diversos sistemas de acelerar o intensificar el trabajo están expuestos en forma sucinta y clara, desde los primitivos sistemas de compensación adicional o bonificación hasta el complejo sistema Bedaux, implantado en Estados Unidos. Se mencionan, además, la tendencia a permitir a los obreros o empleados participar en las utilidades de las empresas y los problemas relativos a horas de trabajo.

El capítulo IV, sobre las teorías de los salarios, puede considerarse el central de la obra. Explica la evolución desde las teorías tradicionales de la subsistencia y del fondo de salarios hasta la marshalliana, exponiendo las limitaciones de ésta y ciertos refinamientos posteriores. Esto conduce a la influencia que ejerce el poder de negociación de los sindicatos en la determinación de los salarios (capítulo V), y a la discusión de por qué hay

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

diferencias de remuneración (capítulo vi). El terreno que recorre esta parte de la obra es ya bien conocido, pero contiene, entre otras cosas, una sección sobre la remuneración de las mujeres algo más extensa de lo habitual en los libros de texto.

Los dos capítulos finales, el primero sobre el sindicalismo y la contratación colectiva y el segundo sobre el salario mínimo, incluyen un bosquejo histórico del desarrollo de los sindicatos en Inglaterra y del papel que han desempeñado en el mercado de trabajo y una exposición de los problemas de implantación del salario mínimo, los efectos de éste y la influencia económica del Estado intervencionista en la concurrencia del mercado. En el texto se hace mención de obras más avanzadas y extensas que pueden servir de guía al que desee profundizar en el estudio de la teoría y la práctica de los salarios.—J. C.

LOUIS BAUDIN, *El mecanismo de los precios*. Versión española de Vicente Polo. México, Fondo de Cultura Económica, 1941. 138 p. \$ 2.00; Dls. 0.45.

No sólo en el campo de lo económico, sino en todos, la humanidad se debate entre dos grandes tendencias: el individualismo (lo tradicional en teoría económica) y el colectivismo (la oposición). Es inútil que los individualistas quieran desconocer la realidad de la fuerza de la oposición; el número y la valía de quienes atacan es cada vez mayor y no puede ignorarse. Cuando los economistas ponen en tela de juicio la teoría del precio y parecen atacar un detalle de la tendencia individualista, en realidad arremeten contra la piedra de toque de todo el sistema. Si ésta falla, se derrumba todo el edificio. Baudin, en *El mecanismo de los precios*, obra de divulgación escrita con toda la claridad y sencillez con que saben hacerlo los franceses, presenta una teoría que modifica, completándola, la teoría clásica, rompiendo una lanza por la economía individualista.

Su defensa de la posición liberal no se lleva a rajatabla —ningún economista sensato de hoy podría llegar a ese extremo; ya no existen manchesterianos a ultranza—, pero sí niega la viabilidad y conveniencia de la planeación radical. Su posición es, como veremos más adelante, la de que si bien el orden económico presente no es deseable en todos sus puntos, sí es un mal menor, pues todos los sucedáneos que hasta ahora se le han buscado son más imperfectos aún. La libertad absoluta es para él desorden; “es —dice— como si se dejara circular por los caminos en cualquier dirección; las condiciones han cambiado, hoy los vehículos marchan con una velocidad incompatible con esa libertad, se precisa un Código de Caminos”. Es decir, dejaríamos el sistema económico tal y como está hoy, pero sometido a una reglamentación que impida el desorden.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Pero al decir lo anterior hemos expuesto el resultado de todo el libro. Veamos cómo se desarrolla éste.

Aunque con modificaciones, aún pueden sostenerse las conclusiones de las escuelas clásica y neoclásica. ¿Por qué son precisas las modificaciones? Los supuestos en que basan sus conclusiones no son aplicables a las circunstancias de hoy. Así, el hombre ha sido despersonalizado por el medio; surge el "hombre masa" de que habló Ortega y Gasset, o el "miembro del rebaño" de que habló Nietzsche; la masa está dirigida por una élite (aquí sigue a Pareto) que la encamina por donde quiere, influyendo sobre su psicología mediante la publicidad realizada por toda clase procedimientos. Aunque podría parecer que la reacción normal de la persona cuando se la quiere meter por los ojos alguna cosa debería ser en sentido contrario, la realidad es que el hombre se somete; la complejidad de su vida le hace perezoso y deja que otros piensen por él. La soberanía del consumidor está, según Baudin, muy restringida.

Los que participan en el mercado están sometidos a una influencia doble: la del pasado y la del futuro. Es decir, que "el mecanismo moderno del precio se caracteriza por una psicología colectiva que funciona sobre un período de tiempo". La influencia del pasado se traduce en la dimensión económica, la del futuro forma el horizonte económico. La *dimensión económica* es esa etiqueta invisible que pone el medio en cada mercancía y que nos hace recordarla cada vez que vamos al mercado, y nos hace pensar en el precio que antes tenía, de manera que este precio anterior forma nuestra idea sobre el que vamos a pagar en el presente. El *horizonte económico* existe en la medida en que el individuo tiene en cuenta el porvenir. Para que se modifique la dimensión (y la posibilidad de su modificación es indispensable para que se cumplan los principios sentados por las teorías clásica y neoclásica) es preciso que la persona escape a la rutina y procure modificar el precio de compra o de venta, cosa que sólo puede hacer en pequeña medida, ya que cada objeto está como abrumado por su pasado, o bien un acontecimiento exterior ha de dar a los deseos de los individuos una orientación determinada. Si no sucede nada de esto el precio permanece inerte. El horizonte económico se ha ampliado a medida que se extienden las economías de cambio; los economistas de la escuela sueca, sobre todo (Myrdal, Lindhal, Lachmann), insisten sobre la importancia de la previsión.

Otro aspecto de la economía clásica que estudia Baudin es el del "precio normal", es decir, el que resultaría del libre juego de las fuerzas económicas si las condiciones generales de la vida permanecieran estacionarias durante un tiempo suficiente para que aquellas fuerzas produjeran todos sus efectos. En primer lugar, dice Baudin, este equilibrio hipotético no se alcanza nunca;

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

la vida enonómica es dinámica, no estática. Las grandes empresas prefieren producir con pérdida a dejar de producir; además, Schultz, Timberger y Ricci han demostrado que los precios de las mercancías tienden en ciertos casos a alejarse de más en más del precio normal; es el teorema de la telaraña (designación que tiene su origen en la forma que toma el diagrama usado para explicarlo). Todas éstas son modificaciones que necesitan las teorías antiguas. Estas le parecen simplificaciones, los primeros pasos del estudio de una realidad compleja. No hay que abandonarlas, sino completarlas y ajustarlas a la realidad.

Viene después el estudio de los movimientos de precios, y examina los de larga duración y los cíclicos, considerando estos últimos como el alma, que existe en el tiempo, y que sólo subsiste modificándose; por ello, si queremos tener alma, habremos de conformarnos a esas modificaciones. Por tanto, todas las fuerzas de la nación deberían cooperar a suavizar los elementos de la economía para amoldarlos a ese ritmo cíclico a fin de reducir las disparidades, y, por otra parte, a evitar todas las ampliaciones del ritmo, moderando las alzas de precios durante los períodos de prosperidad. Las disparidades se dan en la diversa elasticidad de la oferta y la demanda, aunque ambas parecen adquirir hoy mayor rigidez de la que antes tenían. Es preciso estudiar los precios por categorías (precios seccionales) y no en bloque, como un todo. Los movimientos se producen de un modo fatal y debemos resignarnos y amoldarnos a ellos.

En la "Conclusión" de la tercera y última parte de su libro, Baudin dice que suprimir los precios es hundir la economía en el caos o implantar un régimen autoritario. Fijar los precios es recurrir a una medida inútil, cuando ese precio coincide con el precio de equilibrio, o peligrosa, si no coincide. El precio sólo tiene significado cuando se mueve en una atmósfera de libertad. En esta parte estudia los diversos procedimientos de reglamentación de los precios y los va descartando por inadecuados; pero admite las intervenciones a título excepcional y temporal.

En un párrafo final fija de un modo definitivo su posición, que es la adoptada en una reunión internacional de economistas que tuvo lugar en París durante el mes de agosto de 1938. Es ésta la de que el principio regulador será el mecanismo de los precios, pero que delante y detrás del territorio que ocupa este mecanismo existen también otros campos que se precisa tener en cuenta. Delante se encuentra el régimen legal (propiedad, contratos, moneda, bancos, etc.); detrás está la zona común que corresponde a los sacrificios humanos susceptibles de aparecer como resultado del funcionamiento de aquel mecanismo y cuyo peso debe soportar la colectividad (beneficencia, seguro de desocupación, etc.). "Ser neoliberal, no es de ningún modo ser conservador, en el sentido de conservar los privilegios de

EL TRIMESTRE ECONOMICO

hecho resultantes de la legislación pasada. Es, por el contrario, ser esencialmente progresivo en el sentido de una adaptación perpetua del orden legal a los descubrimientos científicos, a los progresos de la organización y de la técnica económica, a los cambios de la estructura de una sociedad, a las exigencias de la conciencia contemporánea."

La masa dirigida por una *élite* es la posición que defiende Baudin. Se podrá negar la deseabilidad de tal situación, pero cualquiera que sea el curso que tomen los acontecimientos políticos y sociales después de esta guerra, es evidente que desde hace ya años la economía y, sobre todo, los deseos del consumidor, en función de su poder adquisitivo, la formación del precio, está y estará cada vez más a la merced de un grupo reducido de personas, de grandes empresas, que dominan de más en más la satisfacción de las necesidades humanas. Ir en contra de ello es renunciar a una gran parte de las ventajas de la división del trabajo. Si el nacionalismo y el deseo de autarquía vuelven a tomar las proporciones que han tenido en los últimos años, el control económico de la *élite* será tanto mayor.

La obra de Baudin, que presenta el Fondo de Cultura Económica a los lectores de habla española, es obra de tesis, pero ésta se expone estudiando toda una serie de aportaciones modernas a la teoría económica que no se encuentran reunidas en ninguna otra parte. Constituye, por tanto, un excelente manual introductorio y una guía de lectura para principiantes.—J. M.

M. H. DE KOCK, *La Banca central*, Trad. de Eduardo Villaseñor, con un Apéndice sobre el Banco Central de México, por RAÚL MARTÍNEZ OSTOS, y otro sobre el Banco Central de la República Argentina, por JESÚS PRADOS ARRARTE. México, Fondo de Cultura Económica, 1941. 560 p. \$ 7.00. Dls. 1.50.

El Fondo de Cultura Económica acaba de publicar la primera versión española del reciente libro *La Banca Central*, escrito por el señor M. H. de Kock, Gobernador del Banco de la Reserva de Sud-Africa. La traducción ha sido realizada por el Sr. D. Eduardo Villaseñor, actual Director del Banco de México, y contiene, además, un apéndice sobre el Banco de México y otro sobre el Banco Central de la República Argentina.

En los tiempos actuales, en que cada día es mayor el número de quienes se interesan por los problemas monetarios y de crédito de su país, ya sería suficiente motivo para encarecer la importancia de esta obra para el público hispanoamericano, el hecho de que sintetiza en una forma muy accesible toda la doctrina actual sobre los bancos centrales, así como la organización y modo de funcionamiento de casi todos aquellos bancos que actualmente existen. Este hecho es tanto más relevante cuanto que la literatura sobre los problemas específicos de los bancos centrales escrita con anterioridad o se limita a

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

estudiar las leyes y el desarrollo de las operaciones de uno o de varios bancos centrales en particular, o bien es demasiado teórica y general, o de crítica sobre casos concretos, o sólo examina alguno o algunos aspectos de las funciones u operaciones de los bancos centrales. Esta literatura, junto con las experiencias de los bancos de emisión más antiguos, ha contribuído a integrar, en los últimos años, una verdadera teoría de la banca central, bien delimitada dentro de la teoría bancaria general. Pero el carácter controvertido de gran parte de esa literatura y su dispersión en obras dedicadas fundamentalmente a otros aspectos de la teoría económica, han impedido la formación de una visión clara, de conjunto, sobre los problemas y grado de desarrollo alcanzado en esta esfera de la técnica bancaria. Con objeto de superar este obstáculo para la difusión del conocimiento de estos problemas entre el público, el autor se aleja de toda actitud polémica, limitándose a señalar las principales y diversas contribuciones, dentro de aquella literatura, y de la legislación y prácticas bancarias, a la formación de la teoría general de la banca central.

Pero para el desarrollo de la teoría general, la importancia del libro del señor De Kock no pasaría de la que implicara un simple resumen de las ideas y las prácticas de la banca central, si no representara al mismo tiempo un serio esfuerzo por someter algunos aspectos de las teorías monetarias y toda la técnica elaborada y empleada hasta hoy por los bancos centrales, a la prueba efectiva de los resultados prácticos obtenidos por la aplicación de aquellos medios con que tales organismos dirigen su política económica. En ciertos aspectos, este esfuerzo se dirige a establecer más claramente los límites del campo de la banca central y sus relaciones con la teoría y la técnica bancaria general y con la teoría monetaria, pero lo que es más importante, resumiendo las observaciones de las experiencias obtenidas en la esfera de la política de crédito, el autor llega a precisar, mediante un detenido estudio en los capítulos medulares de la obra, los límites reales o posibles a la pretendida eficacia de ciertos medios empleados por los bancos centrales para la regulación del volumen del dinero y del crédito en circulación. Estas limitaciones resultan de la organización económica misma o de la naturaleza de los medios empleados o bien de circunstancias particulares, tales como el grado de desarrollo económico o político de cada país, o de otros factores de carácter social. Este estudio de las posibilidades reales de la regulación del crédito es, pues, de singular importancia para los países hispanoamericanos, debido a su peculiar organización social y económica.

La forma en que está concebida la obra implica la revisión del estatuto legal de los bancos centrales, y los usos y costumbres bancarios de todos aquellos países cuyo desenvolvimiento económico ha culminado en el establecimiento de un Banco Central; si bien una tarea de esta naturaleza, reducida a los límites de la obra, tiene que ser de carácter general, la visión de conjunto

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

sobre los problemas actuales de los bancos centrales que nos ofrece el autor está expuesta con la profundidad de quien se apoya en un amplio conocimiento de la teoría económica y al mismo tiempo con la claridad y precisión de quien ha vivido las experiencias que consigna. Así, la forma ordenada y metódica del plan general de la obra y la sencillez de la exposición, así como su carácter enciclopédico y la amplia bibliografía que contiene, hacen de *La Banca Central* de De Kock una obra de gran utilidad, tanto para el estudiante de economía, como para el profesional.

En el primer capítulo, el autor examina los factores económicos y políticos que han dado origen a los más antiguos bancos centrales. Según él, estas Instituciones nacen allí donde se opera una centralización, aunque sea parcial, de la emisión de billetes; a la que se llega, generalmente, cuando algún banco comercial adquiere la posición de banquero del Estado. Sin embargo, las diversas épocas y circunstancias en que fueron estableciéndose los bancos europeos de emisión, que a la vez desempeñaban el papel de banqueros de sus respectivos Gobiernos, y la desigual estructura y grado de desarrollo económico de dichos países, han conducido a controversias entre los especialistas, con objeto de precisar qué función particular caracteriza y distingue a los bancos centrales del resto de las instituciones de crédito de un país. El autor se reduce a consignar la controversia adoptando una posición ecléctica: ni estima que la característica de todo banco central sea la de mantener el monopolio de emisión, como afirma Vera Smith, ni la de adoptar la responsabilidad de prestamista de última instancia, según el punto de vista de Hawtrey, ni tampoco sólo la de regular el crédito, que indica Shaw. Estas y otras funciones pueden caracterizar a un banco central desarrollado, pero para el autor, independientemente de las funciones que realicen prácticamente cada uno de los bancos en lo particular, éstos pueden ser estimados como bancos centrales cuando les ha sido fijado como objeto fundamental una tarea que tienda a llenar las siguientes funciones: la emisión de papel moneda; el papel de banquero del Estado; la custodia de las reservas en efectivo de los bancos comerciales y de las reservas metálicas de la nación; el redescuento de letras de cambio, documentos de tesorería, etc., que le ofrezcan los bancos comerciales y, en general, los particulares, siempre que el banco central no practique transacciones ordinarias con los particulares en grandes proporciones, aceptando la responsabilidad de prestamista de última instancia; la liquidación de saldos de compensación entre los bancos y la regulación del crédito para mantener el patrón monetario adoptado por el Estado. El autor examina en capítulos separados la forma en que nacieron y fueron desarrollándose cada una de estas funciones, al influjo tanto de las teorías bancaria y monetaria, como de la técnica elaborada por los bancos de emisión más antiguos, pero dedica su atención fundamenta-

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

(en seis capítulos de la obra) al problema de la regulación del crédito que, sin decirlo expresamente, considera como el problema de mayor actualidad e importancia de los bancos centrales.

Los últimos tres capítulos del libro están dedicados al examen de los ciclos económicos desde el punto de vista de los bancos centrales; el aspecto general de la constitución, funcionamiento y administración de los bancos y al examen de las tendencias recientes de la banca central.

CLIVE DAY, PH. D., *Historia del Comercio*. Trad. de Teodoro Ortiz, México: Fondo de Cultura Económica, 1941, 2 vols. Vol. I., 362 p. Vol. II., pp. 363-736, con grabados, \$10.00. Dls. 2.00.

Cuando un libro escolar ha pasado invicto por una prueba de treinta y cuatro años de vida, durante los cuales se ha ido puliendo, reformando y ampliando, es porque su calidad no deja lugar a dudas. La *Historia del Comercio* de Day se publicó por primera vez en 1907 y desde entonces no ha tenido, ni tiene, rival como libro de texto en las universidades norteamericanas. ¿Qué magia acompaña a la vida de algunos libros que el tiempo no puede destruir ni envejecer? En las obras literarias el tiempo no influye, pero un libro de texto parece ser más una mercancía que pasa de moda. Cada materia tiene su libro de texto en un momento y en un lugar, y fuera de este lugar y pasado aquel tiempo no queda casi nada de él; la biblioteca del erudito parece despreciarlo y las librerías de viejo lo dan a precio vil una vez transcurrida su efímera vida. Y a pesar de ello el libro de Day tuvo su cuarta edición en 1940 y desde 1907 se han hecho de él infinidad de reimpresiones.

Desde luego uno de los motivos de este éxito es que el libro de Day no es obra de tesis, como otras obras de texto lo son a pesar de su carácter escolar. Es libro enteramente descriptivo y por ello no está expuesto a las vicisitudes de una teoría o concepción de la historia. Está escrito con una claridad y sencillez pasmosas: Day sabe explicar los problemas y los hechos con una precisión, brevedad y sencillez difíciles de igualar; sabe ordenar su materia de una manera rigurosa y despertar interés en el lector.

La historia del comercio que aquí nos ocupa comprende desde la antigüedad más remota y llega hasta los tiempos presentes, con la desvalorización del dólar y sus consecuencias comerciales. Es decir, que el estudiante no necesita, como tantas veces ocurre, completar su obra principal de estudio con otras especializadas que le orienten sobre determinados períodos. Y no es que la historia del comercio sea monótona y por ello fácil de exponer en un solo libro. Por el contrario, es uno de los capítulos de la historia económica más movido, más preñado de aventura y alternativas, que ha estado influido por el desarrollo de las naciones en todos sus órdenes: político,

EL TRIMESTRE ECONOMICO

técnico y económico en general, y a su vez ha influido sobre ellos. El progreso de la división internacional de trabajo, su perfeccionamiento, corre parejo al progreso en los medios de comunicación, y es, al mismo tiempo, el impulsor de ese perfeccionamiento. Sin comercio el bienestar económico relativo de que hoy disfruta la humanidad, la producción en gran escala, etc., serían del todo imposibles.

Antes del siglo XIX el comercio tiene carácter aventurero y se limita a unos cuantos artículos de lujo como la seda, los vinos, los metales preciosos, las especias, el té, el tabaco, etc., y otros como las lanas, pieles y maderas. Los beneficios que obtienen quienes participan en las "aventuras" comerciales son inmensos; después, con el desarrollo de los medios de comunicación, la invención del vapor, se va poniendo más al alcance de sectores amplios de la comunidad, para convertirse en una empresa de carácter económico ordinario que ha de operar con pequeños márgenes debido a la competencia y desarrollar una técnica perfeccionada en todos sus órdenes. El comercio pierde romanticismo, gana en dureza y se convierte en uno de los pivotes de la actividad económica de todas las naciones, que interesa a sectores numerosos de cada una y al Estado en sí como entidad, mucho más hoy que en la época mercantilista en que el Estado lo es todo.

Veamos cómo es la obra de Day. Está dividida en seis partes que comprenden sesenta capítulos y éstos, a su vez, ochocientos catorce secciones. En conjunto setecientas treinta y dos páginas, que contienen un buen número de mapas que facilitan la lectura. El libro se inicia con el estudio del comercio en la antigüedad: el comercio egipcio, en el valle de la Mesopotamia, los judíos, los fenicios, Grecia, Roma, etc. Viene después el comercio medieval: Levante, sur y norte de Europa, Inglaterra, etc. Luego el comercio moderno: se han formado los grandes Estados, se ha descubierto América. El comercio en la Edad contemporánea se estudia por productos y por países. La parte V está dedicada a Estados Unidos y la VI al comercio durante y después de la guerra de 1914.

El comercio en la antigüedad es relativamente insignificante: los caminos eran malos o inexistentes, y el Imperio Romano que los construyó de cierto valor no era pueblo comercial. El comercio marítimo está en sus albores. Durante la Edad Media el comercio es entre ciudades, tiene características de piratería y bandidaje en muchos casos y los abusos de los señores feudales constituyen una restricción de complejidad fabulosa. Oasis de este estado de cosas son las ferias; la invención de la brújula es uno de tantos progresos técnicos que repercuten favorablemente sobre el comercio; surge también la Liga Anseática; los artificios financieros tales como la letra de cambio y la banca son un paso importante más en el desarrollo comercial por perfeccionamiento de la técnica económica. La Edad Moderna se inicia con los

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

grandes descubrimientos que ensanchan los ámbitos del comercio y amplían la lista de artículos que lo constituyen: el té, el café y el azúcar llegan a formar a fines del siglo XVIII más de la cuarta parte del total de las importaciones inglesas (p. 137); la circulación monetaria se intensifica con los metales que entran en Europa procedentes de América a través de España; los medios de navegación adquieren un impulso nuevo; el crédito y la banca se desarrollan; surgen las grandes fortunas como la de los Fugger (p. 155); aparecen las grandes compañías con un carácter semioficial y que poseen sus ejércitos y sus flotas de guerra; España adquiere un poderío económico sorprendentemente rápido que se va desvaneciendo poco a poco y pasa a sus rivales: Inglaterra y Francia.

La complejidad y extensión del comercio durante la Edad Contemporánea se evidencia en la distribución misma que Day se ve obligado a hacer de su obra en este período: estudia primero la relación que existe entre el comercio y el carbón, los efectos de la revolución industrial, el desarrollo de los caminos y los ferrocarriles, de los medios de navegación, el telégrafo, etc.; después los artículos que son objeto de comercio; la organización moderna de éste y la política comercial. Luego viene un examen detenido del desarrollo comercial de las principales naciones que se inicia con Inglaterra; siguen los Estados alemanes, Francia, los Estados del centro, del norte y del sur de Europa, para terminar con la parte oriental de ese continente. Toda la parte V está dedicada a Estados Unidos, cuyo comercio se estudia desde 1789 hasta 1914. Y por último, la parte VI, titulada "La guerra mundial y después de ella", nos ofrece un cuadro de conjunto de la situación y la historia de las vicisitudes de este período de la economía. Si las partes anteriores tienen, aparte de su interés general para cualquier hombre culto, una finalidad decididamente escolar, esta última constituye un resumen excelente de poco más de cien páginas sobre la situación actual. Pocas personas pueden alardear de tener formado mentalmente un esquema global de los acontecimientos ocurridos en la economía del mundo durante los últimos veinte o treinta años: los problemas monetarios, las crisis, las deudas de guerra, las depreciaciones, las conferencias internacionales y los nuevos métodos de lucha y restricciones comerciales, se entremezclan de forma tan intrincada que es difícil, aun para una cabeza bien organizada, representárselos con claridad. Day, con su exposición sistemática y su lenguaje llano, proporciona un resumen magnífico de toda la situación.

Day ha tenido el acierto de no abusar en ningún caso de las estadísticas, tan socorridas para el autor, con su apariencia externa de precisión, pero que rara vez el estudiante se detiene a analizar. Pocas veces aprovecha el autor la oportunidad que su narración le proporciona para sacar consecuencias de orden político-económico, pero su gran objetividad no le impide en

EL TRIMESTRE ECONOMICO

muchos casos el enjuiciar brevemente los hechos expuestos. Es una valoración que no estorba al lector para sacar sus propias consecuencias pero que indica que el autor no tiene esa neutralidad de aparente buen tono, pero excesivamente fría, del científico "puro", si es que tal cosa existe en realidad.—*M. B.*